

El pescador.

Pescador de alma, como lo era mi padre, quien me dejó su legado, el amor por el río y por el tigre del Paraná: el Dorado.

No hay mejor lugar en este mundo para mí que estar en el río Paraná, en mi canoa.

Luego de una exhausta tarde en busca de peces, en la que la suerte ni se me arrimó, fui a beber al bar del pueblo, mi querido San Cosme.

Ahí estábamos, un grupo de hombres solos en un bar, cada uno con un cuento más grande que el otro.

Era una competencia de ebrios por quien mentía mejor. Con unas copas de más, los muchachos del pueblo agrandaban sus aventuras de tal forma que en el ambiente ya había olor a mentira.

Y como era de costumbre, no podía faltar el truco y las peleas. Llegaba un punto en que se desconocían los amigos cuando la plata estaba de por medio. Volaba por ahí alguna piña, y otro que otro salía disparado del bar. El paisaje de siempre. Hombres solos sin familia que, por algún motivo, habían convertido su vida en un abismo sombrío.

Su único entretenimiento era beber, jugar a las cartas, mentir diciendo que “todo estaba bien”, mentirse a sí mismos y luego beber hasta que el alcohol nublara sus mentes.

Pero esa tarde fue diferente. Me había encontrado con un forastero: hombre alto, bien empilchado, callado, de buenos modales, que mientras escuchaba los cuentos y anécdotas falsas, solo le daba vueltas al hielo que se derretía en su whiskey aguado y sonreía de costado, como sabiendo la próxima palabra que escucharía. Otra mentira. Otra falsedad. Otra tontería.

Medio mareado por la cerveza, me acerqué a él.

Un frío recorrió mi espalda como una larga aguja.

Ha de ser por lo caú que estoy, pensé.

Lo saludo levantando mi vaso-. Y dígame, jefe, ¿De dónde es usted? No lo suelo ver por acá. ¿Qué me cuenta?

-Yo, mi amigo, no vengo de ningún lugar, pero vengo de varios lugares. Me llaman de muchas formas, pero no sé cómo es mi nombre. He vivido muchas vidas, pero no tengo la mía propia. Soy un poco como usted y un poco como todos los que veo en este bar.

-Pero estoy cansado de ser así. Quisiera haber hecho las cosas bien. No mentir. No engañar.

-Hoy estoy acá para ver el reflejo de lo que soy, de lo que hice. Hay cosas que no se pueden cambiar. Un tiempo para cada cosa y un lugar. Recuerde eso mi amigo. Aléjese de este sitio, siga su canoa por ese río hermoso que se lo han regalado y disfrute de la vida y amigos. Váyase de acá.

No sé si era la cerveza o que se se yo, pero mi cabeza daba vueltas y empecé a ver nublado. El forastero tomó su sombrero, pagó la cuenta con unas monedas de oro muy antiguas... muy extraño todo.

Luego, estiró la mano y me dio un papel con unos números y se fue.

Ha de ser su número de teléfono, pensé.

En el papel estaba anotado a mano 666.